

En el abismante currículo del médico Héctor Croxatto Rezzio, construido a lo largo de sus 93 años de edad, figuran el Premio Nacional de Ciencias y sus designaciones como Miembro de la Academia Pontificia de Ciencias y Miembro de Número de la Academia de Ciencias del Instituto de Chile.

Pero estos galardones, a los que se les agregan sus más de 300 publicaciones y la pertenencia a más de 30 organizaciones científicas, no le impiden cultivar virtudes que hoy pocos practican.

Una, la bondad: "Siento un cariño inmenso por la criatura humana; hasta un criminal debería ser tomado en serio y no condenarlo". Otra, la modestia. Lo demuestra allí, en el comedor de su casa de Ñuñoa, rodeado de las naturalezas muertas que él mismo pintó y los muchos premios representados en bandejas de plata que su señora, fallecida hace menos de un año, ordenó sobre el aparador.

—Mi premio más querido es haber sido nombrado Hijo Ilustre de Temuco. Me lo entregaron en un aniversario de la fundación de la ciudad, en la plaza pública. Desfilaron los bomberos, las enfermeras con sus uniformes, los mapuches con sus atuendos... algo muy emocionante.

—*Usted se crió allí, ¿verdad?*

—Sí, pero nací en Valparaíso. Cuando tenía dos años, nos mudamos a Temuco, donde mi papá, que era italiano, se instaló con un emporio. Allí viví hasta que me vine a estudiar en la Universidad de Chile.

De la infancia recuerda los juegos con sus tres hermanos en el cerro Ñielol, entonces un bosque impenetrable.

—Lo que más me llamaba la atención eran los insectos muertos: coleópteros, arañas... Me parecían tan maravillosos, tan minúsculos, tan perfectos. Descubrí que la naturaleza era muy compleja, bella y misteriosa. Esa reflexión, que la tuve muchas veces, me llevó a interesarme por la medicina.

No obstante, no fue la medicina la que despertó su verdadera vocación. Apenas alcanzó a ejercerla dos años, cuando decidió dedicarse a lo que de verdad ha sido su pasión: la ciencia.

—*¿Amor a primera vista?*

—En cierto sentido sí. Mi interés nació cuando estaba en tercero, gracias al doctor Eduardo Cruz Coke, gran profesor y científico del que tuve el honor de ser su ayudante primero. Era un maestro excepcional, siempre rodeado por una constelación de jóvenes discípulos que los demás llamaban "los cabros de Cruz Coke".

Titulado con distinción máxima, su tesis versó sobre la vitamina D. Todo esto en un ambiente poco favorable para el trabajo científico, que la mayoría consideraba inútil y poco rentable.

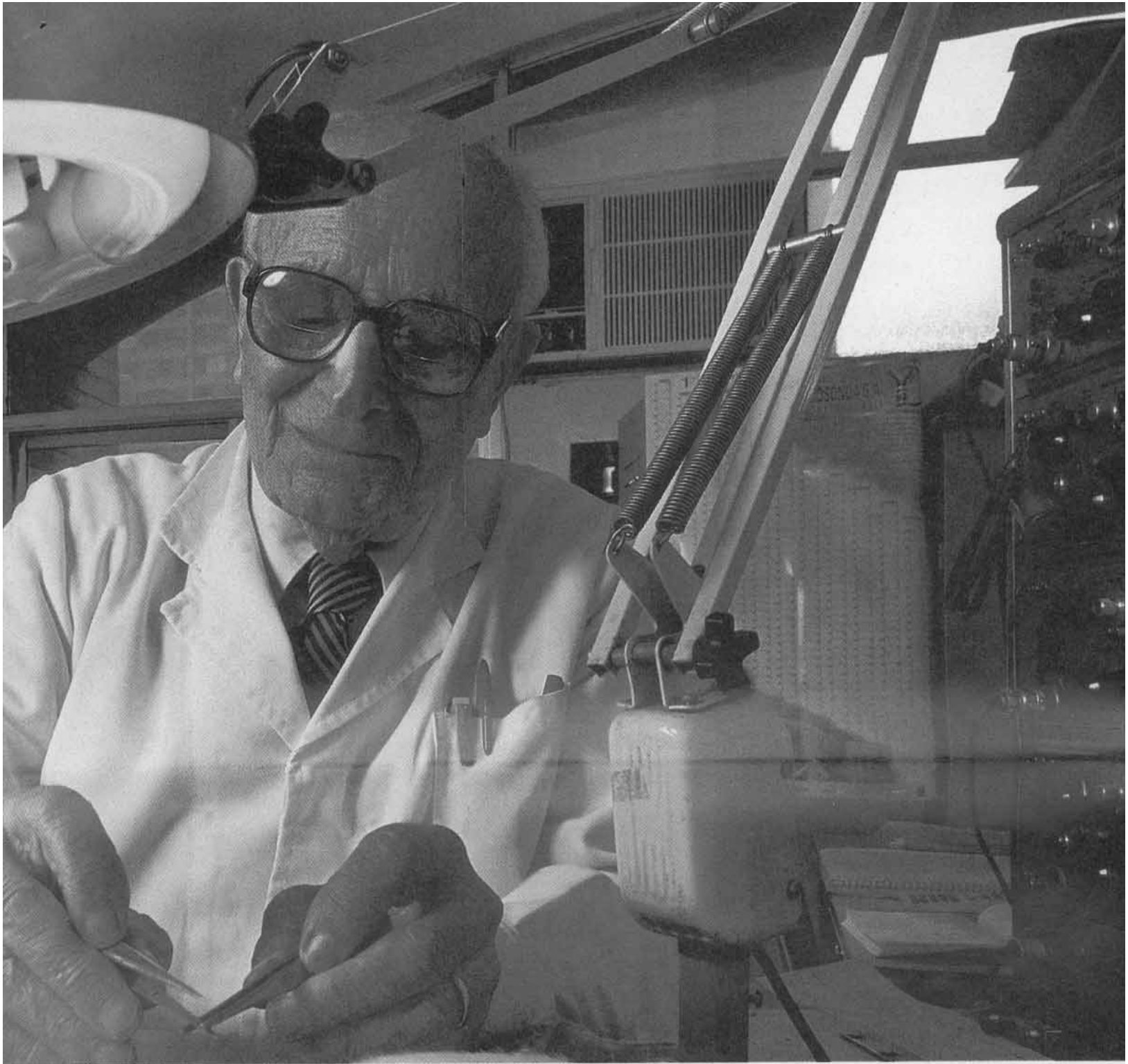
—Distinguidos profesores me desalentaban; decían que los
(sigue a la vuelta)



En el Laboratorio de Fisiología de la Universidad Católica, Héctor Croxatto, a los 93 años, continúa investigando. "¿Qué haría sin hacer nada? ¿Comer, mirar televisión? No, pues, eso no lo querría Viola".

Héctor Croxatto:

"la naturaleza es comp



Ha compartido su vida entre dos amores: su mujer y la ciencia. A cada una le entregó una gran dosis de romanticismo y algo de locura. Plenamente activo a sus 93 años, el médico Héctor Croxatto continúa desentrañando los misterios de la hipertensión arterial y trabajando para prevenirla entre la población. Viudo hace menos de un año, cumple el mensaje de su esposa: "Tienes mucho todavía para entregar".

Por Ana María Egert. Fotografías: José Luis Rissetti

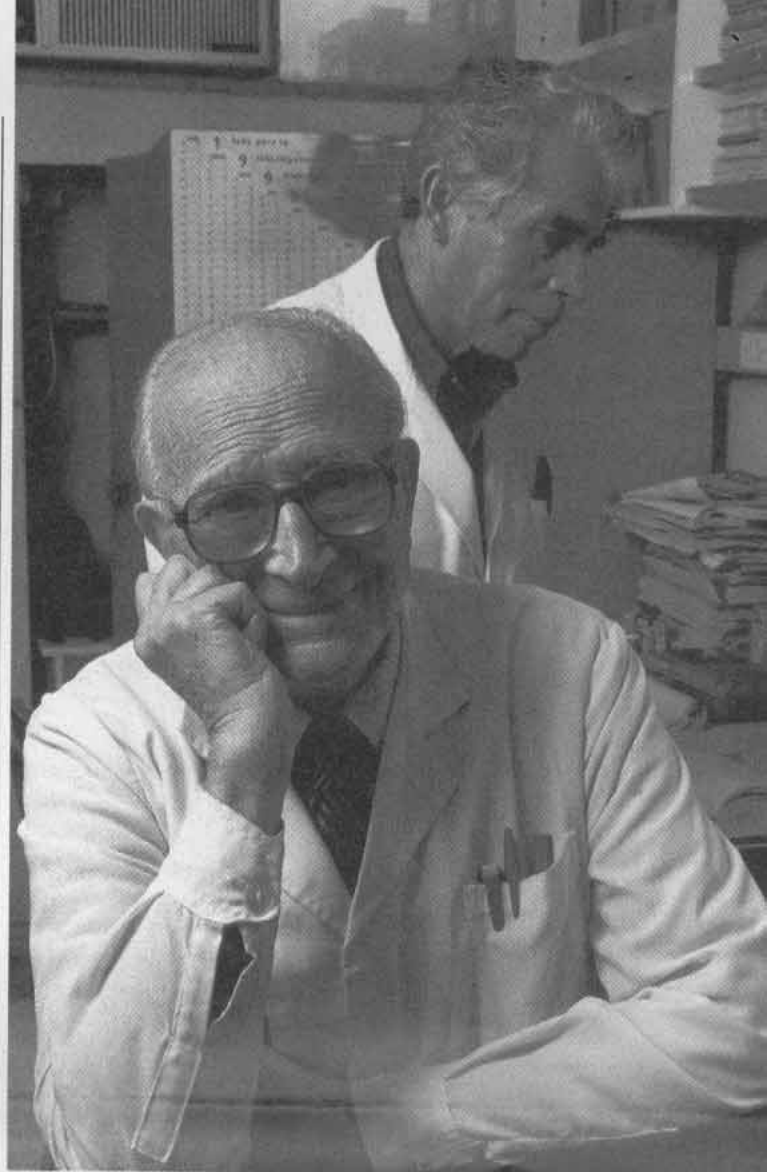
leja, bella, misteriosa”

ya 25 de mayo de 1999 **7**

LUZ MARIA CONTADOR BORDADOS

NUEVOS MODELOS DE:

- MANTELERIAS
- CORTINAS DE BAÑO
- SABANAS
- TOALLAS
- COLCHAS
- JUEGOS DE GUAGUA y otros.



José Cornejo, ayudante del médico, dice:
"Cuando el doctor estaba enfermo en la UTI, yo le llevaba, escondidos en los bolsillos o los calcetines, los resultados de las investigaciones que él estaba haciendo en el laboratorio. Fue su mejor medicina".

(viene de la página anterior)

avances sólo podían darse en Europa; que nuestra misión era traerlos a Chile y dedicarnos a la atención de los enfermos. Nunca estuve de acuerdo. Sin ciencia no hay desarrollo cultural ni económico.

Fiel a este principio, nunca se ha salido del camino trazado. En la Universidad de Chile trabajó en el Instituto de Educación Física, y en la Católica, en los laboratorios de fisiología y bioquímica, los cuales él mismo contribuyó a formar. Sus aportes al entendimiento de la hipertensión arterial, mediante el estudio del riñón, le merecieron reconocimiento mundial.

—Entre sus múltiples viajes, ¿cuál recuerda más?

—El primero. En 1938 partí en barco con mi mujer a Europa para dictar una charla en la Sociedad de Biología de París. Como no iba invitado, tuvimos que arrendar nuestra casa amoblada con seis meses de adelanto.

Era el primer chileno que presentaba personalmente un trabajo en un país europeo, "lo cual me dio opción para asistir a todas las reuniones y banquetes como representante de Chile, sin haberlo sido nunca. La atmósfera era muy estimulante, con muchos premios Nobel".

El problema se presentó después:

—El Instituto Sanitas, donde yo trabajaba, me encargó traer del Instituto Pasteur de París unos cultivos de bacilo de Koch atenuados, que en Francia usaban para una vacuna contra la tuberculosis. Me los entregaron en un estuche muy protegido.

Como se embarcarían pronto, dejó el paquete dentro del auto, junto al equipaje, mientras asistían a una conferencia en Bruselas. "Al regresar, nos percatamos de que la caja había desaparecido. Asustados, nos presentamos a la Policía, donde nos atendieron mal. Que cómo un hombre como yo no hubiera tomado precauciones. Que, tal vez, me alienan siguiendo desde París. Que los ladrones eran alemanes que emplearían el material para una guerra microbiológica".

En eso estaban cuando apareció un tropel de gente detenida, lo que distrajo al jefe. "Eso lo aprovechamos para arrancar; nos fuimos al hotel y partimos en la madrugada a embarcarnos. La noticia la supo hasta mi padre en Temuco".

Faltaba un año para la Segunda Guerra Mundial.

—En Italia nos tocó ver de cerca a Mussolini, y en Alemania, a mucho soldado con bandera y niños con uniformes nazis.

Durante ese viaje tomó conciencia de lo eficiente que era su señora. Lo ayudó con los idiomas y se transformó en su colaboradora permanente.

—¿Cómo fue el romance?

—La conocí en Concepción cuando ambos teníamos once años; su familia era amiga de la mía. Pero no hubo gran contacto hasta varios años después, cuando nos visitó en Temuco. Su pelo dorado le brillaba; era tan buenamozza e inteligente.

—¿Entonces se le declaró?

—No. Yo era tímido y ella no manifestaba gran interés por mi persona.

Siete años pasaron antes del reencuentro. "Estaba haciendo el internado, cuando el profesor guía nos mandó a Concepción, donde se realizaba un congreso sobre enfermedades respiratorias. Decidí pasarla a ver. Nunca llegué al congreso".

—¿Qué locura!

—Al contrario, fue muy sabio.

La encontró en la Compañía de Agua Potable, donde Viola Avoni trabajaba como secretaria del director. Estaba limpiando su máquina de escribir.

—Tuve que decirle mi nombre, porque no me reconoció. La invité a almorzar, pero se disculpó diciendo que tenía otro compromiso. Estaba como tímida, cosa rara en ella; se miraba las manos sucias y tal vez sentía vergüenza de que la hubiera sorprendido en esa facha.

Volvió a la carga invitándola para el día siguiente y ella nuevamente se negó aduciendo que iría a Penco. "La acompaño", se ofreció él. Al día siguiente, apenas se reunieron en la estación, él le preguntó; "¿Quiere casarse conmigo?". La respuesta no fue inmediata.

—Al otro día, el último día, amanecí enfermo en cama. Y cuando menos lo esperaba, apareció ella. "Sí, quiero", me dijo. Después, con más confianza, me confesó que cuando me vio en su oficina pensó quién sería ese churro. Claro, ya no era el chiquillo de antes, sino un hombre; además, vestido con su mejor ropita.

Fue el inicio de un pololeo que se desarrolló vía cartas. Antes del matrimonio él le advirtió que nunca serían ricos porque su tema era la investigación. "No me importa", dijo ella.

—¿Y se cumplió su profecía?

—Sí, fundamentalmente durante los primeros años de casados. Vivimos en la pieza donde yo era pensionista, sin más muebles que los del dormitorio. Después arrendamos casas muy modestas, hasta que nos compramos ésta, a cuarenta años plazo. Pasó tiempo en que nuestro comedor sólo tenía mesa; nos sentábamos en

cajones.

Suspira: "Viola consagró gran parte de su vida a lograr que la mía fuera grata. Pienso que sacrificó muchas cosas, pero jamás reclamó. Al contrario, siempre contaba maravillas de mí, lo que vine a saber ahora".

De esa unión que duró 67 años y que sólo la muerte pudo separar, nacieron tres hijos. "Los tres estudiaron medicina y fueron alumnos míos. Pero la niña no se tituló porque se fue al campo cuando se casó. Los dos hombres se dedicaron a la ciencia, igual que yo".

Abuelo y bisabuelo veinticinco veces cada vez, entre sus nietos existe de todo: los dedicados a la biología, a la electrónica, a la ingeniería, al diseño, a la comunicación audiovisual, al ballet. También hay una actriz, Luz Croxatto, "por suerte se recuperó de su accidente y también la chiquita, aunque en ella la convalecencia será larga", comenta con alivio.

En el Laboratorio de Fisiología de la Universidad Católica, donde trabaja ad honorem desde que jubiló a los 75 años, continúa con sus investigaciones. Dedicó las tardes a la Fundación de Hipertensión, de la cual es fundador y presidente. De esta patología, a la que ha destinado gran parte de su vida para determinar sus orígenes, dice:

—Afecta a una población muy grande en todo el mundo; al dieciocho por ciento. Y si no es tratada puede terminar en el deterioro de los vasos sanguíneos e hipertrofia del corazón, lo que es muy grave. Por eso la idea de esta fundación es hacer una campaña para detectar los casos y prevenir los daños. Nos ayudará la Cruz Roja, pero necesitamos fondos para llevarla a cabo.

—**Usted se distingue por su entusiasmo y capacidad de asombro. ¿Son virtudes que los años no han logrado apagar?**

—Así es. Es lo que me condujo a la ciencia y que me hace maravillarme de lo perfectas que son todas las criaturas, incluyendo hasta el más insignificante gusanito. Eso no puede ser fruto de la casualidad, sino de un Dios Creador.

Reflexiona: "Nuestras células no son tan distintas a las de un ratón. Sin embargo, lo que nos diferencia es que a ellos no se les ocurre hacer preguntas como a nosotros. Es que recibimos el don del espíritu".

—**¿Nunca se ha rebelado contra Dios?**

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—**Tal vez por alguna pena...**

—Todos tenemos que llegar al final, y eso hay que aceptarlo.

No le teme a su propia muerte. Por el contrario, siente que será el instante de su reencuentro con Viola.

—La echo tanto de menos. Pero fíjese en una cosa. A mí me influye mucho lo que ella les contó a varias personas antes de morir. Les dijo que quería irse antes que yo, porque ya no tenía nada más que entregar, en cambio yo sí. Eso me ha dado fuerza para seguir trabajando. Además, ¿qué haría sin hacer nada? ¿Comer, mirar televisión? No, pues, eso no lo querría Viola.

Lo que más le agrada es permanecer en su casa, trabajando en su escritorio y escuchando la música romántica que a ella tanto le gustaba. Arriba, en el dormitorio, "tengo la urnita con sus cenizas junto a un crucifijo; ella pidió que la incineraran".

—Siento que aquí estoy en lo mío. Es el mundo que construimos con nuestro amor. ya